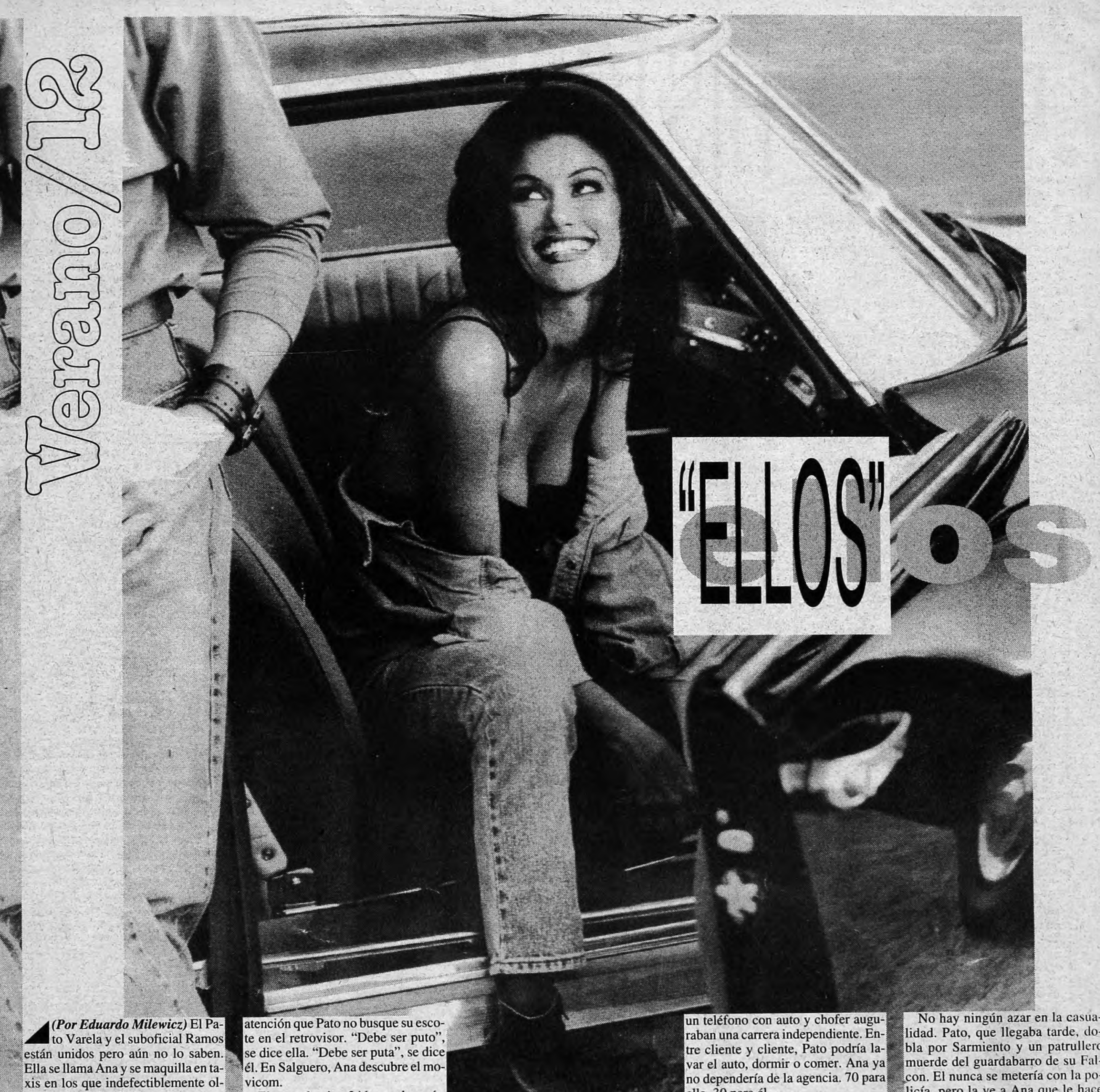


"ELLOS"

(*Por Eduardo Milewicz*) El Pato Varela y el suboficial Ramos están unidos pero aún no lo saben. Ella se llama Ana y se maquilla en taxis en los que indefectiblemente olvida su agenda. El Pato anda en un Falcon; Ramos se muere porque le den uno de esos patrulleros nuevos.

Amanece. El Pato viene por Las Heras. Ana todavía no llegó al cordón. "Que suba", dice el Pato y no piensa ni en el top de Ana ni en sus pantalones transparentes. Cuarenta minutos pensando en el desprecio: ya nadie sube a un Falcon. Le hace señas con las luces. Ana busca por Las Heras algo mejor. Ella no es de las que suben pero igual agarra viaje.

A todo esto, el suboficial Ramos toma el volante, se deja acariciar por el tapizado nuevo, cierra los ojos y se imagina a 200 por hora. Detesta hacerlo a escondidas.

Por Libertador a Ana le llama la atención que Pato no busque su escote en el retrovisor. "Debe ser puto", se dice ella. "Debe ser puta", se dice él. En Salguero, Ana descubre el movicom.

El acuerdo vino 24 horas después. Pato la esperó en Las Heras para devolverle la agenda olvidada. Esta vez, Ana traía un body rojo con una falda breve. "¿Puedo?", preguntó ella y se sentó adelante. Después mantuvieron una larga conversación hasta que se hizo de día.

Mientras tanto, el suboficial Ramos aguarda a su superior en el Chryer nuevo. Lo ve y le hace señas con las luces. Desesperado, le cuenta de sus años en la institución. Toma coraje y balbucea su pedido. El superior promete que estudiará el asunto.

El acuerdo fue bueno para los dos. Pato intuía que los años dorados del Falcon habían terminado; Ana, que un teléfono con auto y chofer auguraban una carrera independiente. Entre cliente y cliente, Pato podría lavar el auto, dormir o comer. Ana ya no dependería de la agencia. 70 para ella, 30 para él.

Esta madrugada, Ramos ya era un hombre al límite de sus fuerzas. Cinco meses esperando un patrullero nuevo y nada. "Ahora o nunca", pensó frente al Chryer, y no volvió a pensar hasta que dobló por Las Heras. Ana no estaba en sus planes. Camisa blanca transparente, shorts y plataformas. Sola y en medio de la avenida. Ramos frena y le pide que suba: "Rutina". "¿Qué rutina?" "Subí que no estoy jodiendo." Ana, que siempre se jactó de conocer a los hombres, obedece. Ramos la sube adelante, se afloja la corbata y agarra para el río. Con esa hembra, con esas piernas y en ese auto empieza a sentir que la vida es fácil.

No hay ningún azar en la casualidad. Pato, que llegaba tarde, dobla por Sarmiento y un patrullero muerde del guardabarro de su Falcon. El nunca se metería con la policía, pero la ve a Ana que le hace señas de que el tipo está loco, y también a Ramos que arranca y a los 20 metros vuelve a frenar. Cuando Pato lo alcanza, Ramos repite el juego. En Alcorta, Pato lo insulta. Entonces Ramos putea al Falcon y Pato al Chryer nuevo. Ana, que siempre se jactó de conocer a los hombres, sabe que ella nada tiene que ver con la disputa.

Entrando a Panamericana el juego la empieza a aburrir. Pide basta. Por Olivos grita un poco. Aunque sabe que ellos no pueden detenerse, llora. Lo ve en sus caras, de idiotas, transpirando, fijas, al frente. Todavía falta para que choquen. Está por amanecer.

HISTORIAS de PAPA Y AMIGOMIO

Recientemente reeditadas por Letra Buena, estas "Historias de Papá y Amigomío" fueron definidas por Oscar Hermes Villordo como páginas donde "por primera vez la figura del hijo de un perseguido aparece como centro de una historia..., y por primera vez la visión de aquellos momentos se presenta en sus significados más profundos". Para esta edición, el autor ha escogido sus tres cuentos preferidos del libro.

Por Pablo Bergel

El mundo es amarillo

De qué color la pintaremos, Mantantirulirulá? –entonó Papá cuando la camita, finalmente rescatada de la parentela, estaba terminada de armar en el departamento que ocupaban M. y su mamá.

El mueble, el mismo que había usado Papá en su infancia, había cumplido un extenso recorrido familiar acunando los sueños de primos y primas menores; regresaba ahora al punto de partida.

La pintaremos de amarillo, Mantantirulirulá –coreó M., cerrando el juego.

A la mañana siguiente Papá fue a una pinturería y compró dos tarros de esmalte amarillo, un litro de solvente y dos pinceles, uno grande tipo brocha y otro pequeño.

Como a las diez de la mañana llegó al departamento de la calle Agüero.

Su hijo estaba aún en pijama, desayunando, cuando la empleada le abrió la puerta. Mamá estaba ya en el trabajo. Le había dejado una nota: "M. está ansioso con lo de la pintura. Anoche se despertó preguntando por vos, si ya habías traído los pinceles. En laheladera hay milanesas para freír. Chau."

Papá suspiró. Le resultaba extraño y difícil moverse como visitante en este lugar, que hasta hace poco tiempo antes había sido también suyo.

–¿Trajiste la pintura? ¿Y el pincelito para mí? –se abalanzó M., tratando de abrir el paquete que traía.

En el balcón del departamento brillaba el sol de diciembre. Papá le quitó el pijama, rebuscó entre la ropa y se decidió por una mallita que le había comprado el verano anterior. A su vez se quitó la camisa, zapatos y medias y se quedó sólo con un viejo blue-jean.

Después llevaron todo al balcón y se aprontaron al trabajo; Papá con la brocha y M. con el pincel pequeño.

La cama estaba aún en buenas condiciones. Era robusta, pero la madera se veía descascarada. Con una buena pintada quedaría como nueva, pero habría que darle varias manos para cubrir bien todos los rasguños.

Papá le enseñó pacientemente a M. a manejar el pincel, a cargarlo con pintura sin que chorreara, a pasarlo con suavidad y en la misma dirección, "como si acariciaras al nene que está durmiendo, con cuidado para no despertarlo". Puso a Miriam Makeba en el tocadisco, "Dula Mamma dula", canción de cuna africana, la favorita para dormir a su hijo.

Pasaron horas pintando, escuchando discos, tomando sol, comentando. A los dos les fascinaba ese amarillo que se iba extendiendo brillante sobre la envejecida superficie, una verdadera magia de alegría y vida nueva.

De tanto en tanto, Papá interrumpía el trabajo. Amigo, nos merecemos un descanso, decía, y llenaba los dos vasos con refresco. M. se divertía mucho cuando Papá le decía Amigo, y poco después él también le decía:

–Amigo, nos merecemos otro descanso, traé la Coca –y brindaban y se morían de risa.

–Choque los cinco, Amigomío –decía Papá.

–Choque los cinco, Amigomío –repetía Amigomío como un eco, y desde entonces quedó rebautizado.

Al término de esa jornada sólo alcanzaron a dar la primera mano a un par de listones. Cuando Mamá regresó del trabajo, se despidieron hasta el día siguiente.

Así pasaron días y días, sin que el trabajo concluyera nunca. Siempre resultaba necesaria una mano más en alguna parte, cubrir algún rasguño, emparejar el brillo de esta o aquella superficie.

Fue necesario comprar más y más tarros de pintura. Litros de gaseosas fueron consumidos. Docenas de milanesas y cajas de ravioles fueron preparados por Papá y deglutidos en sucesivos mediodías; horas de música en el tocadiscos y de charla al sol del balcón fueron compartidas. Centenares de cuidadosas pinceladas acunaron al nene imaginario que dormía en la camita.

Hasta que una tarde, después de repasar minuciosamente cada palmo de la brillante superficie, debieron convencerse de que la tarea estaba definitiva e impretextablemente concluida.

Llevaron el mueble al dormitorio de Amigomío, pusieron el colchón y las sábanas, y se recostaron uno junto al otro, las piernas de Papá completamente encogidas.

Charlaron un rato. Decidieron que el mundo se dividía entre las cosas amarillas y las demás. Después se quedaron dormidos.

Un par de horas más tarde fueron despertados por Mamá que regresaba.

–¡Qué linda quedó la camita! –exclamó jubilosamente, y después, dirigiéndose a Papá, agregó:

–Mirá... estoy con unos amigos, ¿sabés?; si querés quedarte un rato, no sé si te vas a sentir cómodo.

–No, dejá, ya me tengo que ir –replicó Papá, escondiendo la mirada–. Amigomío, nos vemos el fin de semana –se despidió abrazando a su hijo.

Pasó rápido por la sala dejando caer un distante chau a la concurrencia, y salió como huyendo hacia la calle.

No sabía muy bien qué hacer ni adónde ir. Hasta que insensiblemente empezó a caminar la noche, con paso cada vez más acelerado, a caminar cuadras y más cuadras, a caminar, ¡carajo!, hacia ninguna parte de ese mundo que no, no era amarillo.

Para Ramón Plaza, poeta, amigo irreemplazable.

Noche de Cucos

Una noche, Amigomío y Papá fueron a cenar a lo del Tony Hernández.

Por qué no se vienen, van a estar las nenas y voy a amasar una pizza, invitó telefónicamente el Tony esa tarde. Fenómeno, yo llevo helado para los chicos, aceptó Papá.

A las ocho en punto llegaron al departamento del amigo, en el Abasto. Un poco intimidante esa zona de noche, llena de borrachos, camiones y basura por toneladas. Pero el bulín del Tony rebozaba calidez, como siempre. Comieron casi enseguida, y después los chicos jugaron en la sala mientras los hombres, en la cocina, charlaban de sus cosas prendidos al mate.

Después de una hora, Papá se dispuso a irse. Fue a la sala a buscar a Amigomío y lo encontró llorando.

–¿Qué te pasa? ¿Qué pasó? –se inquietó Papá, pero Amigomío no contestaba, sólo emitía un llanto entrecortado y angustioso.

–¡Pero qué pasa! –insistió Papá cada vez más alarmado–. ¿Qué pasó, Paulina? –le preguntó a la hija mayor del Tony.

–Nada, que estábamos jugando al Cuco con esa sábana y apagamos la luz: entonces él se asustó.

–Pero Negrito querido, si los Cucos no existen, venga para acá, tontito, venir a asustarse de cosas que no existen, venga, me parece que usted tiene mucho sueño –trató de consolarlo mientras lo subía upa–.

Amigomío se aferró al cuello de Papá, haciéndose una bolita mimosa y hundiendo la cara en su hombro. Tony los acompañó hasta Corrientes para conseguir un taxi.

Cuando llegaron al departamento de Papá, Amigomío seguía acurrucado en su hombro y se había quedado profundamente dormido. Papá lo desvistió y acostó con el mayor cuidado.

Un colchón de dos plazas sobre el suelo servía de cama. Después ordenó un poco el pequeño departamento, lavó algo de ropa sucia que se había acumulado, revisó las provisiones de la heladera, y se puso a leer.

Antes de medianoche ya se había dormido, su mano derecha agarrada al pie de Amigomío.

Algunos momentos después, el chico se despertó llorando a grito pelado. Su pijama, las sábanas, el colchón y, por supuesto, Papá estaban completamente empapados.

–¡Carajo, Amigomío! –maldijo Papá, mientras encendía un cigarrillo para despabilarse–. ¡Qué diablos hacés! ¿Por qué no me avisaste antes?

Amigomío seguía llorando a moco tendido. Tendría que haberlo despertado para que hiciera pis antes de acostarlo, pensó Papá, mientras estudiaba por dónde comenzar el arreglo de ese caos.

Después de corta meditación comenzó a actuar con movimientos precisos y casi automáticos. Levantó a Amigomío, lo llevó al baño, le quitó el pijama mojado, abrió el agua caliente y lo sentó en la bañadera. Acto seguido regresó a la cama, trató de secar el colchón, finalmente decidió darlo vuelta, puso sábanas limpias, buscó una muda de recambio para Amogomío y otra para él, regresó al baño, se desnudó a su vez y se metió en la tina con su hijo. Todo esto en silencio, mientras Amigomío seguía llorando a todo trapo. Lavó, secó y regresaron a la cama.

–¡Pero gordo, si hace rato que no te hacés encima! ¡Qué diablos te pasó!

Amigomío sólo devolvía un llanto espasmódico por toda respuesta.

–Quiero ir a lo de mamá –balbuceó al rato.

–No, Negrito, hoy estás conmigo, mañana vamos a pasear y después te llevo a lo de mamá –trató de convencer Papá. Amigomío seguía con sus lloriqueos.

Papá lo observó un rato tratando de entender. Cambió de registro.

–Decime tontito, ¿vos estás asustado por lo del Cuco y todo eso, no es cierto? Claro, estás asustado por lo que te dijeron las nenas. Pero gordito, ya te expliqué que ni los cucos, ni los fantasmas, ni todas esas cosas son ciertas. Son cosas que inventa la gente tonta para asustar a los nenes. Es eso, ¿no?, ¿es eso que te tiene asustado?

–Sí, sí –dijo Amigomío y se acurrucó contra el costado de Papá.

–Mirá, te voy a contar una historia de cuando yo era chico, en el campo de Santiago.

Y comenzó a contarle de una vez que en Santiago del Estero, caminando de noche por el monte, vieron como una luz, y los changos decían que era la Luz Mala, y él se asustó muchísimo, y cuando llegaron a las casas y supadre lo vio tan alterado, volvió con él hasta ese lugar, con una linterna, y vieron que era una quijada de caballo que reflejaba la luz de la Luna, y que era una luz pero no mala, y desde entonces...

Pero ya Amigomío se había vuelto a dormir. Papá le siguió al poco rato...

No habría pasado siquiera una hora. Quizá no más de media. Papá sintió que un infierno armado se desplomaba sobre su cabeza. En el primer instante, medio en sueños, creyó que estaban allí, dentro de la habitación y que le disparaban a quemarropa. Se presintió muerto y deseó que fuera rápido.

Al siguiente momento, algo despabilado ya, comprendió que la cosa era en el palier, junto a los ascensores, en el departamento de al lado quizá.

Se oían unos disparos atronadores, amplificados por el eco de escaleras y palieres, intercalados con otros más secos y apagados, como efectuados desde algún interior y con calibre pequeño. Pero estos últimos sólo duraron unos segundos. Fueron tragados por una violenta explosión y el sordo derrumbarse de una puerta o pared, seguido de un furibundo tableteo.

Papá percibió, temblando y en una rígida y ab-

HISTORIAS de PAPA Y AMIGOMIO

Recientemente reeditadas por Letra Buena, estas "Historias de Papá y Amigomío" fueron definidas por Oscar Hermes Villordo como páginas donde "por primera vez la figura del hijo de un perseguido aparece como centro de una historia..., y por primera vez la visión de aquellos momentos se presenta en sus significados más profundos". Para esta edición, el autor ha escogido sus tres cuentos preferidos del libro.

Por Pablo Bergel

El mundo es amarillo

De qué color la pintaremos, Mantantirulirulá? –entonó Papá cuando la camita, finalmente rescatada de la parentela, estaba terminada de armar en el departamento que ocupaban M. y su mamá.

El mueble, el mismo que había usado Papá en su infancia, había cumplido un extenso recorrido familiar acunando los sueños de primos y primas menores; regresaba ahora al punto de partida.

La pintaremos de amarillo, Mantantirulirulá –coreó M., cerrando el juego.

A la mañana siguiente Papá fue a una pinturería y compró dos tarros de esmalte amarillo, un litro de solvente y dos pinceles, uno grande tipo brocha y otro pequeño.

Como a las diez de la mañana llegó al departamento de la calle Agüero.

Su hijo estaba aún en pijama, desayunando, cuando la empleada le abrió la puerta. Mamá estaba ya en el trabajo. Le había dejado una nota: "M. está ansioso con lo de la pintura. Anoche se despertó preguntando por vos, si ya habías traído los pinceles. En laheladera hay milanesas para freír. Chau."

Papá suspiró. Le resultaba extraño y difícil moverse como visitante en este lugar, que hasta hace poco tiempo antes había sido también suyo.

–¿Trajiste la pintura? ¿Y el pincelito para mí? –se abalanzó M., tratando de abrir el paquete que traía.

En el balcón del departamento brillaba el sol de diciembre. Papá le quitó el pijama, rebuscó entre la ropa y se decidió por una mallita que le había comprado el verano anterior. A su vez se quitó la camisa, zapatos y medias y se quedó sólo con un viejo blue-jean.

Después llevaron todo al balcón y se aprontaron al trabajo; Papá con la brocha y M. con el pincel pequeño.

La cama estaba aún en buenas condiciones. Era robusta, pero la madera se veía descascarada. Con una buena pintada quedaría como nueva, pero habría que darle varias manos para cubrir bien todos los rasguños.

Papá le enseñó pacientemente a M. a manejar el pincel, a cargarlo con pintura sin que chorreara, a pasarlo con suavidad y en la misma dirección, "como si acariciaras al nene que está durmiendo, con cuidado para no despertarlo". Puso a Miriam Makeba en el tocadisco, "Dula Mamma dula", canción de cuna africana, la favorita para dormir a su hijo.

Pasaron horas pintando, escuchando discos, tomando sol, comentando. A los dos les fascinaba ese amarillo que se iba extendiendo brillante sobre la envejecida superficie, una verdadera magia de alegría y vida nueva.

De tanto en tanto, Papá interrumpía el trabajo. Amigo, nos merecemos un descanso, decía, y llenaba los dos vasos con refresco. M. se divertía mucho cuando Papá le decía Amigo, y poco después él también le decía:

–Amigo, nos merecemos otro descanso, traé la Coca –y brindaban y se morían de risa.

–Choque los cinco, Amigomío –decía Papá.

–Choque los cinco, Amigomío –repetía Amigomío como un eco, y desde entonces quedó rebautizado.

Al término de esa jornada sólo alcanzaron a dar la primera mano a un par de listones. Cuando Mamá regresó del trabajo, se despidieron hasta el día siguiente.

Así pasaron días y días, sin que el trabajo concluyera nunca. Siempre resultaba necesaria una mano más en alguna parte, cubrir algún rasguño, emparejar el brillo de esta o aquella superficie.

Fue necesario comprar más y más tarros de pintura. Litros de gaseosas fueron consumidos. Docenas de milanesas y cajas de ravioles fueron preparados por Papá y deglutidos en sucesivos mediodías; horas de música en el tocadiscos y de charla al sol del balcón fueron compartidas. Centenares de cuidadosas pinceladas acunaron al nene imaginario que dormía en la camita.

Hasta que una tarde, después de repasar minuciosamente cada palmo de la brillante superficie, debieron convencerse de que la tarea estaba definitiva e impretextablemente concluida.

Llevaron el mueble al dormitorio de Amigomío, pusieron el colchón y las sábanas, y se recostaron uno junto al otro, las piernas de Papá completamente encogidas.

Charlaron un rato. Decidieron que el mundo se dividía entre las cosas amarillas y las demás. Después se quedaron dormidos.

Un par de horas más tarde fueron despertados por Mamá que regresaba.

–¡Qué linda quedó la camita! –exclamó jubilosamente, y después, dirigiéndose a Papá, agregó:

–Mirá... estoy con unos amigos, ¿sabés?; si querés quedarte un rato, no sé si te vas a sentir cómodo.

–No, dejá, ya me tengo que ir –replicó Papá, escondiendo la mirada–. Amigomío, nos vemos el fin de semana –se despidió abrazando a su hijo.

Pasó rápido por la sala dejando caer un distante chau a la concurrencia, y salió como huyendo hacia la calle.

No sabía muy bien qué hacer ni adónde ir. Hasta que insensiblemente empezó a caminar la noche, con paso cada vez más acelerado, a caminar cuadras y más cuadras, a caminar, ¡carajo!, hacia ninguna parte de ese mundo que no, no era amarillo.

Para Ramón Plaza, poeta, amigo irreemplazable.

Noche de Cucos

Una noche, Amigomío y Papá fueron a cenar a lo del Tony Hernández.

Por qué no se vienen, van a estar las nenas y voy a amasar una pizza, invitó telefónicamente el Tony esa tarde. Fenómeno, yo llevo helado para los chicos, aceptó Papá.

A las ocho en punto llegaron al departamento del amigo, en el Abasto. Un poco intimidante esa zona de noche, llena de borrachos, camiones y basura por toneladas. Pero el bulín del Tony rebozaba calidez, como siempre. Comieron casi enseguida, y después los chicos jugaron en la sala mientras los hombres, en la cocina, charlaban de sus cosas prendidos al mate.

Después de una hora, Papá se dispuso a irse. Fue a la sala a buscar a Amigomío y lo encontró llorando.

–¿Qué te pasa? ¿Qué pasó? –se inquietó Papá, pero Amigomío no contestaba, sólo emitía un llanto entrecortado y angustioso.

–¡Pero qué pasa! –insistió Papá cada vez más alarmado–. ¿Qué pasó, Paulina? –le preguntó a la hija mayor del Tony.

–Nada, que estábamos jugando al Cuco con esa sábana y apagamos la luz: entonces él se asustó.

–Pero Negrito querido, si los Cucos no existen, venga para acá, tontito, venir a asustarse de cosas que no existen, venga, me parece que usted tiene mucho sueño –trató de consolarlo mientras lo subía upa–.

Amigomío se aferró al cuello de Papá, haciéndose una bolita mimosa y hundiendo la cara en su hombro. Tony los acompañó hasta Corrientes para conseguir un taxi.

Cuando llegaron al departamento de Papá, Amigomío seguía acurrucado en su hombro y se había quedado profundamente dormido. Papá lo desvistió y acostó con el mayor cuidado.

Un colchón de dos plazas sobre el suelo servía de cama. Después ordenó un poco el pequeño departamento, lavó algo de ropa sucia que se había acumulado, revisó las provisiones de la heladera, y se puso a leer.

Antes de medianoche ya se había dormido, su mano derecha agarrada al pie de Amigomío.

Algunos momentos después, el chico se despertó llorando a grito pelado. Su pijama, las sábanas, el colchón y, por supuesto, Papá estaban completamente empapados.

–¡Carajo, Amigomío! –maldijo Papá, mientras encendía un cigarrillo para despabilarse–. ¡Qué diablos hacés! ¿Por qué no me avisaste antes?

Amigomío seguía llorando a moco tendido. Tendría que haberlo despertado para que hiciera pis antes de acostarlo, pensó Papá, mientras estudiaba por dónde comenzar el arreglo de ese caos.

Después de corta meditación comenzó a actuar con movimientos precisos y casi automáticos. Levantó a Amigomío, lo llevó al baño, le quitó el pijama mojado, abrió el agua caliente y lo sentó en la bañadera. Acto seguido regresó a la cama, trató de secar el colchón, finalmente decidió darlo vuelta, puso sábanas limpias, buscó una muda de recambio para Amogomío y otra para él, regresó al baño, se desnudó a su vez y se metió en la tina con su hijo. Todo esto en silencio, mientras Amigomío seguía llorando a todo trapo. Lavó, secó y regresaron a la cama.

–¡Pero gordo, si hace rato que no te hacés encima! ¡Qué diablos te pasó!

Amigomío sólo devolvía un llanto espasmódico por toda respuesta.

–Quiero ir a lo de mamá –balbuceó al rato.

–No, Negrito, hoy estás conmigo, mañana vamos a pasear y después te llevo a lo de mamá –trató de convencer Papá. Amigomío seguía con sus lloriqueos.

Papá lo observó un rato tratando de entender. Cambió de registro.

–Decime tontito, ¿vos estás asustado por lo del Cuco y todo eso, no es cierto? Claro, estás asustado por lo que te dijeron las nenas. Pero gordito, ya te expliqué que ni los cucos, ni los fantasmas, ni todas esas cosas son ciertas. Son cosas que inventa la gente tonta para asustar a los nenes. Es eso, ¿no?, ¿es eso que te tiene asustado?

–Sí, sí –dijo Amigomío y se acurrucó contra el costado de Papá.

–Mirá, te voy a contar una historia de cuando yo era chico, en el campo de Santiago.

Y comenzó a contarle de una vez que en Santiago del Estero, caminando de noche por el monte, vieron como una luz, y los changos decían que era la Luz Mala, y él se asustó muchísimo, y cuando llegaron a las casas y supadre lo vio tan alterado, volvió con él hasta ese lugar, con una linterna, y vieron que era una quijada de caballo que reflejaba la luz de la Luna, y que era una luz pero no mala, y desde entonces...

Pero ya Amigomío se había vuelto a dormir. Papá le siguió al poco rato...

No habría pasado siquiera una hora. Quizá no más de media. Papá sintió que un infierno armado se desplomaba sobre su cabeza. En el primer instante, medio en sueños, creyó que estaban allí, dentro de la habitación y que le disparaban a quemarropa. Se presintió muerto y deseó que fuera rápido.

Al siguiente momento, algo despabilado ya, comprendió que la cosa era en el palier, junto a los ascensores, en el departamento de al lado quizá.

Se oían unos disparos atronadores, amplificados por el eco de escaleras y palieres, intercalados con otros más secos y apagados, como efectuados desde algún interior y con calibre pequeño. Pero estos últimos sólo duraron unos segundos. Fueron tragados por una violenta explosión y el sordo derrumbarse de una puerta o pared, seguido de un furibundo tableteo.

Papá percibió, temblando y en una rígida y absurda posición de cuatro patas sobre la cama, un intenso olor acre.

Amigomío emitió un sonido gutural, como si soñara, pero no se despertó.

Casi enseguida cesaron los disparos y se hizo un silencio mortal, espeso, de una densidad antes jamás vivida, que recorrió todo el edificio y todo el barrio. Un silencio de manos crispadas, de ojos desorbitados, de alarido interrumpido. Pero duró poco.

Una fina nube de polvo en suspensión flotaba en el ambiente. Afuera, las órdenes y voces de mando comenzaron a repetirse de piso en piso y también desde la calle.

Varios autos llegaron o partieron chirriando sus ruedas. También una sirena, y el eco de una motorola vomitando instrucciones.

Papá se incorporó felinamente y en puntas de pie fue hasta la puerta. Se aplicó a la mirilla: todo estaba oscuro. Apoyó la oreja en la madera; primero no alcanzó a descifrar lo que decían, después creyó escuchar algo así como "No me dejen rincón sin revisar", "Guarda con la gelinita".

Después se deslizó hasta el ventanal y se puso a espiar por las rendijas de la persiana. Vio un par de Falcon estacionados en la otra vereda, frente al Teatro Regina. Algunas sombras se movían dentro y alrededor de los vehículos. Otros hombres cruzaban la calle hacia la puerta de su edificio, donde, sin duda, habría más autos y gente que no alcanzaba a divisar.

Papá se recostó y se apretó contra Amigomío, abrazándolo. El niño dormía profundamente pero con sobresaltos, como si recibiera intermitentes descargas.

A todos los sonidos anotados se sumaron el ir y venir de los ascensores y el vertiginoso taconear por las escaleras.

Papá pensó que requisarían los departamentos. Era evidente que habían comenzado desde el último piso y que iban bajando. Al fin llegarían al suyo y entonces...

Esta idea lo aterró más que todos los sucesos acaecidos hasta el momento que, con ser de una violencia aniquilante, lo agarraron medio dormido y acabaron rápidamente.

Pero, ¿qué les diría cuando entraran en esa habitación desordenada, con todo el aspecto de ser una improvisada guarida, durmiendo con un niño sobre un colchón tirado en el piso? ¿Quién creería en su inocencia? Menos estas bestias que primero te destrozan y después preguntan. Y además, ¿era realmente inocente?; ¿inocente o culpable de qué?

Finalmente: ¿qué harían con Amigomío si a él se lo llevaban?

Papá temblaba como una hoja; sentía un frío intenso, aunque estaba empapado de transpiración, su cuerpo hecho un ovillo junto a su hijo. Se sentía loco. No podía deslindar hasta dónde el peligro era real ofantaseado. "Ya viene, ahora mismo golpean la puerta", pensaba a cada momento. Pasaron así como tres horas.

Ya clareaba. En algún momento se levantó y se sentó sobre el piso, junto a la puerta, tapándose con su poncho catamarqueño. Poco a poco las voces, los tacos, el ascensor, y las motorolas fueron espaciando sus sonidos, hasta casi desaparecer, tragados por los ruidos familiares de la ciudad que empezaba a despertar. Se durmió.

Como a las diez de la mañana entreabrió los ojos, convocado por alguna voz que parecía venir del infinito. Estaba tirado en el suelo, semitapado por el poncho. Intensos rayos de sol, que se filtraban por la persiana, le daban de lleno en la cara.

Amigomío estaba inclinado sobre él.

–Papá, Papá –llamaba angustiado, y le aferraba y sacudía y sacudía el hombro con toda la fuerza de sus manitos.

Papá reaccionó con dificultad. Sentía los huesos apaleados. Se incorporó, la espalda contra la pared, mirando a su hijo como atontado. Poco a poco fue esbozando una sonrisa, entre dulce y relajada.

–Papá, Papá. ¿Qué pasó, Papá? –preguntaba insistentemente Amigomío.

En ese momento sonó el timbre, postergando la respueta. El portero traía la boleta de la luz.

–¡Qué noche, Fernández, eh! ¿Qué diablos pasó? –interrogó Papá tratando de demostrar una curiosidad distante y aplomada.

–Reventaron a la del noveno. Parece que era subversiva.

–Ah, claro, mire usted, quién diría. ¿Y quiénes habrán sido? –preguntó Papá, como quien se interesa por la humedad relativa ambiente.

Fernández lo miró fijo: –¿Quiénes habrán sido? ¡Pero me extraña, hombre! Fue el Cuco. ¿No le contaron de chico la cuestión del Cuco?

El cocinero increíble

Ya hacía casi una semana que una sudestada inclemente desaguaba el final del invierno porteño. En el departamento de Papá, recién inaugurado, el horno encendido durante horas convertía la habitación en un invernáculo del que no daban ganas de salir. Amigomío, todavía en pijama, se entretenía dibujando figuras sobre el ventanal empañado. Papá se le acercó y jugaron a trazar una línea cada uno, sucesivamente, pero de modo que la figura quedara siempre abierta: el que lograra juntar las líneas sería el ganador.

Al cabo de un rato el vidrio quedó íntegramente surcado y chorreante, y las posibilidades del juego se agotaron.

–¿Y ahora qué hacemos? –preguntó Amigomío.

–No sé. ¿Qué tal si nos preparamos una comida rica entre los dos? Vení, vamos a ver qué cosas tenemos en la heladera.

Papá se rascó la cabeza observando la modestia de sus reservas gastronómicas.

–Mucho para inventar no hay –dijo apesudumbrado–. ¿Querés una sopa y salchichas?

Amigomío hizo una mueca de asco: –No, eso no... ¿Por qué no hacemos panqueques de dulce de leche? Mamita siempre me hace.

–Mirá, es que yo... bueno, la verdad es que jamás hice panqueques. Pero bueno, creo que tengo la receta por ahí –accedió Papá recordando un libro de cocina que le había regalado una amiga.

El cocinero increíble, editado en España, estaba dedicado a los hombres solos, y su título pretendía parodiar una conocida serie de televisión. Entre receta y receta había caricaturas y comentarios jocosos sobre la condición humana masculina.

–Esto nos puede servir –comentó Papá mientras hojeaba el libro con aire doctoral. Lo primero que se debe hacer para enfrentar lo desconocido es proveerse de la bibliografía adecuada. Se detuvo en la introducción, que era un verdadero alegato: "Queridos congéneres, varoncitos de todos los pelajes y latitudes: este libro se propone ser vuestro aliado de cabecera en la lucha por la independencia doméstica. Debemos recuperar este territorio del que hemos sido injustamente marginados. Madres, hermanas, esposas, hijas están confabuladas para mantenernos en la más vil ignorancia culinaria. Así son ellas las que deciden cotidianamente el contendio y la forma de nuestros alimentos.

"Para colmo de males, a más de nuestra torpeza estamos condenados a enfrentar el boicot silencioso pero terco de un medio ambiente (la cocina), tendenciosamente diseñado para nuestra exclusión y escarnio. Nos referimos concretamente a la insidiosa bajeza (de bajura) de cocinas y fregaderos, mesadas y anaqueles, todos ellos ubicados a alturas atentatorias de nuestra integridad física, por decir lo menos, causantes de mortificantes dolores de cintura, serviles posturas de mirada vertical, frecuentes golpes, y una desmadrada actitud de nalgas afuera, que podría dar lugar a malévolos comentarios, ya que no a gritos ni a susurros.

"¡Quién se atreverá a afirmar que los objetos carecen de ideología, cuando resulta evidente que los antes mencionados fueron pensados para uso exclusivo y excluyente de seres de femenina condición y diseño!

"Protestamos, educadamente, eso sí, por tan alevoso discrimen. Pero además, nos lanzamos a esta gran cruzada.

"¡Machos: manos a la masa!"

–¡Qué bueno que está esto! –exclamó Papá entusiasmado–. Justo para nosotros. ¿Qué te parece?

–Mucho no entendí. Pero ya, hagamos los panqueques de una vez –apuró Amigomío.

Buscaron la receta de los "crepés": –Primero –sentenció Papá, leyendo- colocar todos los elementos necesarios sobre la mesada. A ver: dos huevos, mantequilla, leche, azúcar, el dulce, un recipiente para batir, una sartén, un plato playo y harina sin leudante.

–¿Sin qué? –preguntó Amigomío.

–Leudante, que es una cosa que se infla y sirve para hacer tortas pero no panqueques –explicó Papá mientras iba buscando cada cosa y disponiéndola junto a la cocina–. Pero, lamentablemente sólo tenemos harina con leudante. De todos modos, Amigomío, no nos vamos a asustar por eso. Lo peor que puede pasar es que los panqueques se pongan a volar como globos por toda la casa.

–No entiendo nada –dijo Amigomío–. Cuando los hace mami los panqueques nunca vuelan, están quietitos en el plato y uno se los va comiendo.

–Vea, amiguito, ya le dije que nunca hice panqueques. Ahora, ¿querés hacerlos conmigo, salgan como salgan, o te vas a quedar ahí criticando, eh? –Amigomío asintió.

–Bueno, manos a la obra entonces.–Papá sentó a Amigomío sobre la mesada y colocó la receta al alcance de la vista.

–Lo primero que tenemos que hacer es romper los huevos. ¡Qué manera de empezar! –dijo Papá teatralmente, y Amigomío se rió aunque sin entender el doble sentido. Tomá, vos rompé uno que yo rompo el otro, ¿te animás? Así, con cuidado, sobre el plato.

Amigomío lo imitó.

–Bueno, estuvimos bastante bien, somos unos verdaderos valientes. Ahora saquemos las cascaritas con un tenedor –dijo Papá mientras trataba de pescar los pedazos fatalmente entremezclados con el recipiente.

–Ahora –seguió leyendo Papá–, agregar leche y harina, y batir. El resultado deberá ser una especie de salsa semilíquida. Si te queda muy chirle agregá más harina, pero poco a poco, de modo que puedas controlar la situación. ¡Varón, confiamos en tu buen sentido! ¡Confía tú también! –exhortaba el libro. Cuando terminó de leer e intentaba erguirse, Papá se golpeó duramente contra el filo del anaquel.

–¡Kartófelsalat! –gritó en alemán a modo de insulto, mientras se tocaba el chichón–. ¡Pero no nos detendrán! –espetó revoleando severamente el dedo índice hacia la imaginaria multitud.

Les costó dar con la consistencia adecuada de la mezcla. Alternativamente quedaba demasiado espesa o demasiado chirle, a medida que agregaban más harina o más leche para componerla.

Finalmente el punto pareció ser el adecuado, pero Papá razonó que habría que agregar otro huevo, por lo menos, para mantener las proporciones de la crecida mezcla inicial. De modo que cuando se dieron definitivamente por conformes había materia prima como para intoxicar con panqueques a un regimiento.

Pusieron a calentar la sartén y se aprestaron para el momento más crítico. Armaron la rueda de producción: Amigomío cortaba la mantequilla en trocitos pequeños y los echaba en la sartén; luego Papá rociaba la mezcla, la esparcía lo más parejamente posible por la superficie, despegaba los bordes, trataba de darlos vuelta sin romperlos (vano esfuerzo: en esta operación se perdió más de la mitad incluyendo un par de intentos de hacerlos voltear en el aire) y por fin los depositaba uno sobre otro en el plato; Amigomío completaba la maniobra rociando un poco de azúcar sobre el último panqueque.

–¡Animo jefe! –alentaba Amigomío en el álgido instante de despegar y dar vuelta la masa.

–¡Venceremos, Amigomío! –exclamaba Papá, y los dos reían a carcajadas con los desastres que se armaban–. ¡Los hombres conquistaremos la cocina o nos quemaremos los dedos en el intento!

Finalmente se salvaron alrededor de una docena de gruesos y grumosos panqueques que pudieron ser untados con dulce y enrollados guardando cierta similitud con el modelo clásico.

–Uy, qué hambre –exclamó Amigomío ante la vista del producto final dispuesto sobre la mesa. Empezaron a engullir uno tras otro sin hablarse. Cuando los liquidaron todos, se quedaron un rato recostados sobre los almohadones, atorados de comida y emoción.

–Che, papi, estaban bastante ricos –dijo finalmente Amigomío, los dedos y la boca embadurnados de dulce.

–Y, además, los hicimos nosotros. ¿Te das cuenta? –ideologizó Papá–. Vamos a hacer muchas comidas de este libro. ¿Qué te parece? ¡Comidas con gusto a hombre!

Amigomío asintió en silencio. Pensó un rato y preguntó:

–¿Papi, y las comidas hechas por mujeres tienen gusto a mujeres?

–Y... puede ser –admitió Papá mirando hacia el ventanal otra vez empañado.

–¡Son ricas, también! –dijo enfático Amigomío, y Papá meditó vagamente en el doble sentido propuesto por el niño.

Afuera, la lluvia continuaba arreciando y ese maldito invierno que no quería terminarse.



surda posición de cuatro patas sobre la cama, un intenso olor acre.

Amigomío emitió un sonido gutural, como si soñara, pero no se despertó.

Casi enseguida cesaron los disparos y se hizo un silencio mortal, espeso, de una densidad antes jamás vivida, que recorrió todo el edificio y todo el barrio. Un silencio de manos crispadas, de ojos desorbitados, de alarido interrumpido. Pero duró poco.

Una fina nube de polvo en suspensión flotaba en el ambiente. Afuera, las órdenes y voces de mando comenzaron a repetirse de piso en piso y también desde la calle.

Varios autos llegaron o partieron chirriando sus ruedas. También una sirena, y el eco de una motorola vomitando instrucciones.

Papá se incorporó felinamente y en puntas de pie fue hasta la puerta. Se aplicó a la mirilla: todo estaba oscuro. Apoyó la oreja en la madera; primero no alcanzó a descifrar lo que decían, después creyó escuchar algo así como "No me dejen rincón sin revisar", "Guarda con la gelinita".

Después se deslizó hasta el ventanal y se puso a espiar por las rendijas de la persiana. Vio un par de Falcon estacionados en la otra vereda, frente al Teatro Regina. Algunas sombras se movían dentro y alrededor de los vehículos. Otros hombres cruzaban la calle hacia la puerta de su edificio, donde, sin duda, habría más autos y gente que no alcanzaba a divisar.

Papá se recostó y se apretó contra Amigomío, abrazándolo. El niño dormía profundamente pero con sobresaltos, como si recibiera intermitentes descargas.

A todos los sonidos anotados se sumaron el ir y venir de los ascensores y el vertiginoso taconear por las escaleras.

Papá pensó que requisarían los departamentos. Era evidente que habían comenzado desde el último piso y que iban bajando. Al fin llegarían al suyo y entonces...

Esta idea lo aterró más que todos los sucesos acaecidos hasta el momento que, con ser de una violencia aniquilante, lo agarraron medio dormido y acabaron rápidamente.

Pero, ¿qué les diría cuando entraran en esa habitación desordenada, con todo el aspecto de ser una improvisada guarida, durmiendo con un niño sobre un colchón tirado en el piso? ¿Quién creería en su inocencia? Menos estas bestias que primero te destrozan y después preguntan. Y además, ¿era realmente inocente?; ¿inocente o culpable de qué?

Finalmente: ¿qué harían con Amigomío si a él se lo llevaban?

Papá temblaba como una hoja; sentía un frío intenso, aunque estaba empapado de transpiración, su cuerpo hecho un ovillo junto a su hijo. Se sentía loco. No podía deslindar hasta dónde el peligro era real ofantaseado. "Ya viene, ahora mismo golpean la puerta", pensaba a cada momento. Pasaron así como tres horas.

Ya clareaba. En algún momento se levantó y se sentó sobre el piso, junto a la puerta, tapándose con su poncho catamarqueño. Poco a poco las voces, los tacos, el ascensor, y las motorolas fueron espaciando sus sonidos, hasta casi desaparecer, tragados por los ruidos familiares de la ciudad que empezaba a despertar. Se durmió.

Como a las diez de la mañana entreabrió los ojos, convocado por alguna voz que parecía venir del infinito. Estaba tirado en el suelo, semitapado por el poncho. Intensos rayos de sol, que se filtraban por la persiana, le daban de lleno en la cara.

Amigomío estaba inclinado sobre él.

–Papá, Papá –llamaba angustiado, y le aferraba y sacudía y sacudía el hombro con toda la fuerza de sus manitos.

Papá reaccionó con dificultad. Sentía los huesos apaleados. Se incorporó, la espalda contra la pared, mirando a su hijo como atontado. Poco a poco fue esbozando una sonrisa, entre dulce y relajada.

–Papá, Papá. ¿Qué pasó, Papá? –preguntaba insistentemente Amigomío.

En ese momento sonó el timbre, postergando la respueta. El portero traía la boleta de la luz.

–¡Qué noche, Fernández, eh! ¿Qué diablos pasó? –interrogó Papá tratando de demostrar una curiosidad distante y aplomada.

–Reventaron a la del noveno. Parece que era subversiva.

–Ah, claro, mire usted, quién diría. ¿Y quiénes habrán sido? –preguntó Papá, como quien se interesa por la humedad relativa ambiente.

Fernández lo miró fijo: –¿Quiénes habrán sido? ¡Pero me extraña, hombre! Fue el Cuco.

¿No le contaron de chico la cuestión del Cuco?

El cocinero increíble

Ya hacía casi una semana que una sudestada inclemente desaguaba el final del invierno porteño. En el departamento de Papá, recién inaugurado, el horno encendido durante horas convertía la habitación en un invernáculo del que no daban ganas de salir. Amigomío, todavía en pijama, se entretenía dibujando figuras sobre el ventanal empañado. Papá se le acercó y jugaron a trazar una línea cada uno, sucesivamente, pero de modo que la figura quedara siempre abierta: el que lograra juntar las líneas sería el ganador.

Al cabo de un rato el vidrio quedó íntegramente surcado y chorreante, y las posibilidades del juego se agotaron.

–¿Y ahora qué hacemos? –preguntó Amigomío.

–No sé. ¿Qué tal si nos preparamos una comida rica entre los dos? Vení, vamos a ver qué cosas tenemos en la heladera.

Papá se rascó la cabeza observando la modestia de sus reservas gastronómicas.

–Mucho para inventar no hay –dijo apesudumbrado–. ¿Querés una sopa y salchichas?

Amigomío hizo una mueca de asco: –No, eso no... ¿Por qué no hacemos panqueques de dulce de leche? Mamita siempre me hace.

–Mirá, es que yo... bueno, la verdad es que jamás hice panqueques. Pero bueno, creo que tengo la receta por ahí –accedió Papá recordando un libro de cocina que le había regalado una amiga.

El cocinero increíble, editado en España, estaba dedicado a los hombres solos, y su título pretendía parodiar una conocida serie de televisión. Entre receta y receta había caricaturas y comentarios jocosos sobre la condición humana masculina.

–Esto nos puede servir –comentó Papá mientras hojeaba el libro con aire doctoral. Lo primero que se debe hacer para enfrentar lo desconocido es proveerse de la bibliografía adecuada. Se detuvo en la introducción, que era un verdadero alegato: "Queridos congéneres, varoncitos de todos los pelajes y latitudes: este libro se propone ser vuestro aliado de cabecera en la lucha por la independencia doméstica. Debemos recuperar este territorio del que hemos sido injustamente marginados. Madres, hermanas, esposas, hijas están confabuladas para mantenernos en la más vil ignorancia culinaria. Así son ellas las que deciden cotidianamente el contendio y la forma de nuestros alimentos.

"Para colmo de males, a más de nuestra torpeza estamos condenados a enfrentar el boicot silencioso pero terco de un medio ambiente (la cocina), tendenciosamente diseñado para nuestra exclusión y escarnio. Nos referimos concretamente a la insidiosa bajeza (de bajura) de cocinas y fregaderos, mesadas y anaqueles, todos ellos ubicados a alturas atentatorias de nuestra integridad física, por decir lo menos, causantes de mortificantes dolores de cintura, serviles posturas de mirada vertical, frecuentes golpes, y una desmadrada actitud de nalgas afuera, que podría dar lugar a malévolos comentarios, ya que no a gritos ni a susurros.

"¡Quién se atreverá a afirmar que los objetos carecen de ideología, cuando resulta evidente que los antes mencionados fueron pensados para uso exclusivo y excluyente de seres de femenina condición y diseño!

"Protestamos, educadamente, eso sí, por tan alevoso discrimen. Pero además, nos lanzamos a esta gran cruzada.

"¡Machos: manos a la masa!"

–¡Qué bueno que está esto! –exclamó Papá entusiasmado–. Justo para nosotros. ¿Qué te parece?

–Mucho no entendí. Pero ya, hagamos los panqueques de una vez –apuró Amigomío.

Buscaron la receta de los "crepés": –Primero –sentenció Papá, leyendo– colocar todos los elementos necesarios sobre la mesada. A ver: dos huevos, mantequilla, leche, azúcar, el dulce, un recipiente para batir, una sartén, un plato playo y harina sin leudante.

–¿Sin qué? –preguntó Amigomío.

–Leudante, que es una cosa que se infla y sirve para hacer tortas pero no panqueques –explicó Papá mientras iba buscando cada cosa y disponiéndola junto a la cocina–. Pero, lamentablemente sólo tenemos harina con leudante. De todos modos, Amigomío, no nos vamos a asustar por eso. Lo peor que puede pasar es que los panqueques se pongan a volar como globos por toda la casa.

–No entiendo nada –dijo Amigomío–. Cuando los hace mami los panqueques nunca vuelan, están quietitos en el plato y uno se los va comiendo.

–Vea, amiguito, ya le dije que nunca hice panqueques. Ahora, ¿querés hacerlos conmigo, salgan como salgan, o te vas a quedar ahí criticando, eh? –Amigomío asintió.

–Bueno, manos a la obra entonces.–Papá sentó a Amigomío sobre la mesada y colocó la receta al alcance de la vista.

–Lo primero que tenemos que hacer es romper los huevos. ¡Qué manera de empezar! –dijo Papá teatralmente, y Amigomío se rió aunque sin entender el doble sentido. Tomá, vos rompé uno que yo rompo el otro, ¿te animás? Así, con cuidado, sobre el plato.

Amigomío lo imitó.

–Bueno, estuvimos bastante bien, somos unos verdaderos valientes. Ahora saquemos las cascaritas con un tenedor –dijo Papá mientras trataba de pescar los pedazos fatalmente entremezclados con el recipiente.

–Ahora –siguió leyendo Papá–, agregar leche y harina, y batir. El resultado deberá ser una especie de salsa semilíquida. Si te queda muy chirle agregá más harina, pero poco a poco, de modo que puedas controlar la situación. ¡Varón, confiamos en tu buen sentido! ¡Confía tú también! –exhortaba el libro. Cuando terminó de leer e intentaba erguirse, Papá se golpeó duramente contra el filo del anaquel.

–¡Kartófelsalat! –gritó en alemán a modo de insulto, mientras se tocaba el chichón–. ¡Pero no nos detendrán! –espetó revoleando severamente el dedo índice hacia la imaginaria multitud.

Les costó dar con la consistencia adecuada de la mezcla. Alternativamente quedaba demasiado espesa o demasiado chirle, a medida que agregaban más harina o más leche para componerla.

Finalmente el punto pareció ser el adecuado, pero Papá razonó que habría que agregar otro huevo, por lo menos, para mantener las proporciones de la crecida mezcla inicial. De modo que cuando se dieron definitivamente por conformes había materia prima como para intoxicar con panqueques a un regimiento.

Pusieron a calentar la sartén y se aprestaron para el momento más crítico. Armaron la rueda de producción: Amigomío cortaba la mantequilla en trocitos pequeños y los echaba en la sartén; luego Papá rociaba la mezcla, la esparcía lo más parejamente posible por la superficie, despegaba los bordes, trataba de darlos vuelta sin romperlos (vano esfuerzo: en esta operación se perdió más de la mitad incluyendo un par de intentos de hacerlos voltear en el aire) y por fin los depositaba uno sobre otro en el plato; Amigomío completaba la maniobra rociando un poco de azúcar sobre el último panqueque.

–¡Animo jefe! –alentaba Amigomío en el álgido instante de despegar y dar vuelta la masa.

–¡Venceremos, Amigomío! –exclamaba Papá, y los dos reían a carcajadas con los desastres que se armaban–. ¡Los hombres conquistaremos la cocina o nos quemaremos los dedos en el intento!

Finalmente se salvaron alrededor de una docena de gruesos y grumosos panqueques que pudieron ser untados con dulce y enrollados guardando cierta similitud con el modelo clásico.

–Uy, qué hambre –exclamó Amigomío ante la vista del producto final dispuesto sobre la mesa. Empezaron a engullir uno tras otro sin hablarse. Cuando los liquidaron todos, se quedaron un rato recostados sobre los almohadones, atorados de comida y emoción.

–Che, papi, estaban bastante ricos –dijo finalmente Amigomío, los dedos y la boca embadurnados de dulce.

–Y, además, los hicimos nosotros. ¿Te das cuenta? –ideologizó Papá–. Vamos a hacer muchas comidas de este libro. ¿Qué te parece? ¡Comidas con gusto a hombre!

Amigomío asintió en silencio. Pensó un rato y preguntó:

–¿Papi, y las comidas hechas por mujeres tienen gusto a mujeres?

–Y... puede ser –admitió Papá mirando hacia el ventanal otra vez empañado.

–¡Son ricas, también! –dijo enfático Amigomío, y Papá meditó vagamente en el doble sentido propuesto por el niño.

Afuera, la lluvia continuaba arreciando y ese maldito invierno que no quería terminarse.

VILLA GESELL

Verano/12

REVELE SUS FOTOS EN CUORE FOTOCOLOR EN MINUTOS Y PLANTE UN ARBOL CON IDEA EN MAR DEL PLATA

aGENDa

MUSICA

• Esta noche en el Anfiteatro deL Pinar se presenta el Grupo Coral Municipal de Salliqueló, Buenos Aires, y el Coro Universitario de Paraná, Entre Ríos: A las 21.30, en el Paseo 102 y Av. 10. Entrada libre y gratuita.

• Los Chalchaleros en el Atlas, Paseo 108 entre avenidas 3 y 4. A las 22, entrada 15 pesos, única presentación, hoy.

• Los Bohemios, fuelle y piano, tangos de la vieja guardia. En Alameda y Calle 303. A partir de las 23, todos los miércoles de enero. Derecho a espectáculo, 7 pesos.

• Patricia Sosa en el Atlas, Paseo 108 entre avenidas 3 y 4. Unica actuación, mañana a las 22 en una única función.

• Cruela d'Vil trío, jazz, fusión, funky en Alameda 206 y Calle 303. Después de las 23, todos los jueves de enero.

• Primer Fantasma, rock nacional en Alameda 206 y Calle 303, por única vez el viernes 14 a las 23.

• Agrupación Coral Cantares de la Provincia de Santa Fe, en el Anfiteatro del Pinar, Av. 10 y Paseo 102. Entrada libre y Gratuita, a las 21.30 del próximo sábado.

• Azul Marino, brasileño, boleros en Alameda 206 y Calle 303. Desde las 23, todos los sábados de enero.

• Viva Budy Bolden, grupo de jazz de Mar del Plata, en el anfiteatro del Pinar el próximo domingo a las 21.30. Entrada libre y gratuita (atención: no está confirmado, es posible que en su lugar vaya un grupo de rock nacional).

• Caldén Sexteto, grupo vocal e instrumental, 4 voces más vientos. Director: Luciano Garay, ex tenor del Teatro Colón, premios internacionales. En Alameda 206 y Calle 303, a las 23 del domingo.

• Irene Ferrari, nacional brasileño en Alameda 206 y Calle 303. Desde las 23, el próximo lunes, drecho a espectáculo, 7 pesos.

• Diego Torres en el Atlas, Paseo 108 entre avenidas 3 y 4, única presentación, martes 18 de enero a las 22.

• Héctor Corvalán folklore, Alameda 206 y Calle 303. Todos los martes de enero a las 23. Derecho a espectáculo, 7 pesos.

• Los Angeles, covers, en Alameda 202 y Av. Buenos Aires. Todas las noches a las 22.

TEATRO

• *La salvación eterna*, dirigida por Antonio Ugo. Cuatro piezas de autores argentinos: Roberto Cossa, Marcelo Marán, Eduardo Rovner y Bernardo Carey. Interpreta la Comedia Dramática de la Provincia de Buenos Aires. Ganó 4 premios Estrella de Mar en la temporada 92/93 en Mar del Plata. Todos los miércoles de enero a las 23, en Av. 3 y Paseo 109. Precio de la entrada, 10 pesos.

• *El señor del baño*, interpretada por Rudy Chernicoff. Un monólogo mordaz teñido de actualidad. En su cuarta temporada en la Casa de la Cultura. Entrada: 15 pesos, las funciones comienzan a las 22.30. Nota: Rudy Chernicoff presentará alternativamente *La risa es salud* y *El señor del baño*, todos los viernes del mes de enero.• *Cuando florece el corazón*, de Alexei Arbuzof, dirigida por Carlos Lucetti. María Concepción César y Enrique Liporace protagonizan esta comedia en la que se abordan los problemas de una pareja en la Rusia de 1968. Se presentan en Casa de la Cultura, Av. 3 y Paseo 109, todos los sábados de enero a las 22.30. Localidades, 15 pesos.

• *La lección de anatomía*, de Carlos Mathus. Clásico con 8 actores en escena. Todos los domingos de enero a las 23 en Casa de la Cultura. Av. 3 y Paseo 109, precio de la entrada: 12 pesos.

• *Macbeth*, versión de la obra de William Shakespeare, dirigida por Antonio Mónaco. Intrpetada por el Teatro de la Universidad Nacional de Mar del Plata, la puesta ganó dos Estrella de Mar en la temporada pasada. La cita es a las 23 en Av. 3 y Paseo 109. Todos los lunes de enero, entrada 10 pesos.

• *La casita de los viejos*, de Mauricio Kartún, con dirección de Juan José Vázquez. Una alegoría sobre el autoritarismo interpretado por 6 integrantes del Taller de Teatro de la Casa de la Cultura. Los martes de enero a las 23.30 en Av. 3 y Paseo 109. Entrada libre y gratuita.

• *El último Varón*, de Jorge Bellizzi. Comedia interpretad por Darío Vittori y Cristina del Valle. A partir del 13, todos los jueves de enero en el Teatro San Martín 2, en el Paseo 105, entre las avenidas 2 y 3. A las 22.30, entrada 15 pesos.

• *Deschave de matrimonios*, de Zuhair Jury, dirigida por Edgardo Cané. Comedia de enredos con la actuación de Tincho Zabala y Beatriz Taibo. Presentación: 14 de enero y viernes subsiguientes en el Teatro San Martín 2, Paseo 10, entre avenidas 2 y 3. A las 22, entrada 15 pesos.

• *Troupe 94*, espectáculo de travestismo e imitaciones, con Pablo Millán y elenco. Todas las noches después de las 23 en Av. 3 y Paseo 119.

PIBES

• El Grupo Saltimbanqui presenta la comedia musical infantil *Chau, Señor Miedo*, actúan Rubén Ash y Cristina Jacob. Mañana a las 19.30 en la Casa de la Cultura, Av. 3 y Paseo 109. Entrada 3 pesos.

• *La aventura de vivir*, del titiritero geselino Fabián Villareeal, obra para chicos en la que se narran las andanzas de Ariel Gaviota. En su cuarta temporada en la Casa de la Cultura, a las 19.30. Entrada 3 pesos.

• Todas las noches presentación de espectáculos callejeros de títeres y mimos en la peatonal, Av. 3 entre los paseos 104 Y 108.

• Iniciación Coral para niños a cargo del maestro Angel Concilio, todos los días a partir de las 19 en el Anfiteatro del Pinar, Av. 10 y Paseo 102.

EXPOSICIONES

• Sala I: Miguel Pérez Macías, pinturas. Desde hoy hasta el 21 de enero. Cada de la Cultura, Av. 3 y Paseo 109. Entrada libre.

• Sala II: Gulliver Combetto, collage. A partir del próximo viernes hasta fin de mes. Casa de la Cultura, Av. 3 y Paseo 109. Entrada libre. El horario para ver las obras es de 9 de la mañana en adelante.

GALGOS

• Todas las noches a partir de las 22 en el Canódromo, Boulevard y Paseo 135, programadas de 8 carreras de galgos. Unico en Sudamérica, apuestas, según los organizadores los ejemplares cuentan con un severísimo control de la Sociedad Protectora de Animales local.